

— Porque es menester (respondió el filósofo) que en el ceremonial que se observe haya una diferencia positiva entre el *hijo del cielo* (el emperador ó rey superior) y los otros soberanos. El hijo del cielo, sacrificando al Chang-ti, representa el cuerpo entero de la nación, le dirige sus plegarias en nombre y por las necesidades de toda la nación; los otros soberanos, no representando cada uno de ellos mas que aquella porcion particular de pueblo que ha sido confiada á su cuidado, ruegan al Chang-ti solo á nombre de aquellos á quienes representan. Vuelvo á lo que os estaba diciendo: Al Chang-ti se le representa tambien bajo el emblema general del cielo visible, y se le representa igualmente bajo los emblemas particulares del sol y de la tierra; porque precisamente por medio de estos gozan los hombres de los beneficios del Chang-ti, respecto á subsistencia, utilidad y placeres de la vida.

» Con su calor benéfico da el sol alma á todo, todo lo vivifica. Es á nuestros ojos lo que hay mas brillante en el cielo; nos ilumina de dia, y nos hace alumbrar de noche por la luna. Observando el curso de estos, y comparando al uno con el otro, han llegado los hombres á distinguir los tiempos para las diversas operaciones de la vida civil, y á fijar las estaciones para no confundir el orden de los cultivos que deben á la tierra.

» Los antiguos, con la intencion de mostrar su gratitud en términos de que tuviesen alguna analogía con los beneficios y que fuesen propios para despertar la memoria de estos, al instituir el uso de la ofrendas al Chang-ti, determinaron el dia del solsticio de invierno; porque entonces el sol, despues de haber recorrido los doce palacios que parece tener señalados el Chan-ti para su anual habitacion, empieza de nuevo su carrera, para empezar tambien nuevamente á distribuir sus beneficios.

» Habiendo satisfecho en cierto modo los corazones sus deberes para con el Chang-ti, al cual, como principio universal de cuanto existe, estaban obligados por su propia existencia y la de lo que sirve á mantenerla, se volvieron como por sí mismos hácia aquellos que por via de generacion les habian transmitido sucesivamente la vida, fijaron en honor de ellos ceremonias respetuosas por complemento del sacrificio solemne ofrecido al Chang-ti; y así terminaba aquel acto augusto de la religion de nuestros padres. Los Cue, estimando conveniente añadir algo á este ceremonial, instituyeron un sacrificio que habia de ofrecerse solemnemente al

mento; 3º que los sacrificios ofrecidos en apariencia al Cielo, al Sol, á la Luna, á la Tierra, etc., son en realidad ofrecidos al Chang-ti, en agradecimiento de los beneficios de que colma á los hombres por medio del cielo material, del sol, de la luna, de la tierra, etc.; 4º que lo que alguna vez se llama con el nombre de *Sacrificio á los antepasados*, no es en suma sino un testimonio externo de gratitud y respeto hácia aquellos de quienes se recibió la vida. » No diré mas en la materia: el lector inteligente y sin preocupaciones sacará por sí mismo todas las consecuencias que se desprenden.

Chan-ti por primavera, para darle gracias en particular por los dones que hace á los hombres por medio de la tierra, y rogarle impidiese que los insectos, que por entonces empiezan á buscar alimento, no dañasen á la fecundidad de la madre comun. Estos dos sacrificios no pueden ofrecerse con solemnidad en el Kiao sino por el Hijo del cielo: el rey de Lu no debe ni puede ofrecerlos. Por esta prerogativa, aneja á su dignidad, se diferencia el Hijo del cielo de los otros soberanos. »

Pidió en esto el rey noticias circunstanciadas acerca del Kiao, el Tan, las víctimas, los utensilios y otros objetos que sirven al Hijo del cielo en los grandes sacrificios.

« Lo que se llama el Kiao (respondió Cung-seu) es hoy un edificio circuido de muros, en cuyo recinto se levanta una eminencia ó terraplen que tiene el nombre de Tan. Eligióse para este edificio un sitio fuera de las murallas de la ciudad á la parte del Oriente; porque el Chang-ti es representado bajo el emblema del sol, y el sol se muestra, para empezar su carrera, en aquella parte del cielo. Se erigió en el recinto de aquella construccion el Tan, dándole forma redonda, para denotar que las operaciones del cielo y de la tierra, dirigidas por el Chang-ti en beneficio de cuanto existe, son sin fin, siguiéndose y sucediéndose de nuevo con la misma regularidad.

» En cuanto al gran sacrificio que el Hijo del cielo ofrece en el templo del solsticio de invierno, la única víctima que en él debe inmolarse es un ternero al cual empiecen apénas á despuntar las astas, que no tenga defecto alguno externo, y que sea de pelo que tire á rojo, despues de haber sido alimentado por espacio de tres meses en el recinto del Kiao. Un buey, sea cual fuere, basta para el sacrificio ménos solemne que, solo desde la época de los Cheu, ofrece el Hijo del cielo al Chang-ti en la estacion de la primavera. Así, pues, bajo cualquier denominacion que se rinda el culto, sea cual fuere su objeto aparente, y sean de la naturaleza que se quiera las ceremonias externas, siempre se rinde al Chang-ti.

» El rendir homenaje á los antepasados en el recinto mismo del Kiao, se usa de tiempo inmemorial. Túvose por objeto al establecerlo, el tomar por testigos de no haber cambiado nada de sus sábias instituciones á aquellos á quienes se era deudores de la vida y de lo que somos en el orden civil. Antes del sacrificio, se les previene de lo que se va á hacer; despues del sacrificio, se les anuncia lo que se ha hecho.

» La tradicion nos enseña que antiguamente, cuando el Hijo del cielo debia ofrecer el gran sacrificio, se trasladaba primero al aposento en que se cree que los antepasados han fijado en comun su morada; informábalos del motivo de su visita, y les pedia sus órdenes: de allí pasaba al aposento particular de aquel á quien debia inmediatamente la vida, y le rogaba se

complaciese en señalar él mismo el dia y hora del sacrificio. Pero como los retratos ó las reliquias del padre y de los abuelos del Hijo del cielo no tenian voz para hacerse entender, se ideó leer su voluntad en la concha de una tortuga, á la cual se aplicaba fuego. Todo esto se hacia para mostrarles la mas respetuosa deferencia. Provisto el Hijo del cielo del consentimiento y de las órdenes de aquellos, se trasladaba solo al Tseu-cung, esto es, á aquel pabellon secreto rodeado de un canal lleno de agua, cuyo ingreso estaba vedado á todos, excepto al sacrificador. Allí, permaneciendo modestamente en pié, se recogia por algun tiempo, como para oír las últimas instrucciones que estaban para dársele: adelantábase despues hasta el sitio en que estaban depositadas tales instrucciones por escrito; tomábalas, y volviendo atras, las llevaba gravemente con ambas manos, y al llegar al umbral de la puerta de dentro, las mostraba á los grandes, á los mandarines y á los oficiales de su comitiva. Hecho esto, las volvía á llevar adonde las habia tomado, y se retiraba á su aposento. Llegada la hora del sacrificio, poníase la gorra *pi-pien*, y los mandarines anunciaban al pueblo que el Hijo del cielo, por orden de sus ascendientes, iba á ofrecer el sacrificio al Chang-ti, á beneficio comun, y á nombre de todos; y exhortábalo á respetuosa atencion, para no hacer nada que desagradase á aquel de quien se aguardaban los mas copiosos favores.

» En aquel dia, nadie se presentaba de luto: aunque hubiese muerto el padre ó la madre, no se lloraba, como suele hacerse en otras ocasiones. Los que para atender á sus negocios se veían obligados á salir de casa, no se presentaban por las calles sino con la mas respetuosa decencia. Aunque ningun dependiente del gobierno estaba encargado de precizarlos á ello, se conducian de este modo de por sí, por amor á sus deberes y con la mira de concurrir en cuanto de ellos dependia á la majestad del culto.

» Antes de salir de su aposento para trasladarse al sitio propio del sacrificio, se vestía el Hijo del cielo con la toga *ta-hieu* (hecha de piel de oveja con la lana negra, y forrada de piel de zorra blanca, ambas con el pelo de la parte afuera): sobre la toga se ponía el manto llamado *cuon*, en que se veían representados el dragon, el sol, la luna y las estrellas. Así ataviado, subía en un carro, no pintado, liso, y desnudo de todo adorno. Iba el carro precedido de doce estandartes, en que campeaban el sol y la luna, como símbolos de lo que acaece en el cielo visible en el curso de un año, esto es, el tiempo que el sol emplea en recorrer sus doce casas para volver al punto de donde habia partido; lo cual era mas expresamente denotado aun por los doce cordones formados de piedras preciosas que penden de ambos lados de la gorra de ceremonia, en la que se hallaban

igualmente representados con colores el sol y la luna. El camino por donde pasaba la religiosa comitiva desde la morada del soberano hasta el pié del Tan, ó del monton de tierra orbicular y realzado sobre que debia cumplirse el sacrificio, estaba preparado con el mayor esmero. »

Habiendo fallecido el rey de Lu, su sucesor Nai-cung descuidó las instrucciones de Cung-seu, á quien no miraba sino como un docto y un filósofo, cuyo principal mérito era el conocimiento de los libros y un celo desmedido por las costumbres antiguas. No teniendo ya el filósofo empleo en su patria, se retiró al reino de Vei, pero no tardó en volver á ser llamado. Fué el príncipe en persona á aguardarlo á una casa real poco apartada de la ciudad, y lo acogió en ella con los honores que hubiera podido dispensar al embajador de un gran soberano: hizole multitud de preguntas pueriles, á las cuales no se desdendió de responder el filósofo.

« Maestro (le dijo el príncipe), ¿deben vestir los filósofos de otra manera que los demas hombres? ¿qué traje les conviene mas, y por cuál se les puede distinguir? — Príncipe (respondió Cung-seu), no he aprendido todavía cómo deben vestir los filósofos. Lo que sé bien es que, vistan del modo que vistieren, su primordial objeto es lo exquisito de la sabiduría: me parece, sin embargo, que deberán vestir como se vista en el país en que vivan. Yo, que soy del reino de Lu, he llevado en la infancia el vestido *fung*, como los demas niños. Habiéndome hecho grande, fui al reino de Sung, y adopté la gorra *yang-fu*, que allí se llevaba por los de mi edad. Si hubiera ido á otra parte... — Comprendo (interrumpió el rey); no hay nada determinado acerca del traje de los filósofos. Pero ¿es quizá lo mismo respecto á su modo de vivir? » Quiso Cung-seu excusarse con las difusas particularidades en que le seria preciso entrar para satisfacer la curiosidad del rey; pero este, obligándolo á tomar asiento, le rogó se las dijese en compendio.

Entonces Cung-seu comenzó así: « El verdadero filósofo no se ingiere por sí en los festines por tener ocasion de lucir, sino que aguarda á ser invitado. Si es del número de los convidados, asiste, y hace exactamente y sin ostentacion todo lo que el ceremonial prescribe. Y si acaso no se pára la atencion en él, no se ofende de ello, ni da señales de descontento.

» Se ocupa de la mañana á la noche en aquello que puede proporcionarle alguna virtud, ó aumentar sus conocimientos. Si se siente con bastante rectitud y firmeza para llenar los altos empleos, no los rehusa cuando se le ofrecen, y hace toda clase de esfuerzos para desempeñarlos dignamente. No ambiciona honores, no procura acumular tesoros; la adquisicion de la sabiduría es el único tesoro á que aspira; merecer el nombre de sabio es el único tesoro que anhela.

» No emplea en los negocios mas que hom-

bres sinceros y rectos; no da confianza mas que á los fieles y seguros. No se postra ante los superiores, no es soberbio con los inferiores; es respetuoso para con los primeros, y afable para con los segundos, y da á cada uno lo que le es debido. Hace estimacion de los hombres de letras, pero no mendiga sus sufragios; no se baja ante ellos, ni tampoco se realza. Inaccesible á todo temor cuando hace lo que debe, una conducta sin tacha, unida á puras y rectas intenciones, le sirve de escudo contra todos los dardos que se le pudieran disparar; la justicia y las leyes son armas de las cuales se sirve para defenderse y atacar. El amor que profesa á todos los hombres le confiere el derecho de no temer á ninguno; la escrupulosa exactitud con que practica las ceremonias, obedece las leyes y se sujeta á la observancia de los usos recibidos, forma su seguridad hasta entre los tiranos. Sea cual fuere la extension de su saber, se afana siempre por dilatarla; estudia sin descanso, pero no hasta aniquilarse.

» Por mas firme que esté en la senda del bien, vela continuamente sobre sí; en todo aquello que es honrado y bueno no ve nada de pequeño; las mas minuciosas prácticas refluyen por su parte en provecho de la virtud. Es grave cuando reprende; afable y bueno con todos; alegre y de humor igual con sus amigos. Se complace con preferencia en la compañía de los sabios; pero no rechaza á los que no son tales. En la vida íntima no muestra predileccion por un miembro de su familia mas bien que por otro; en privado ó en público trata igualmente á los hombres. Si le hubiere uno ofendido gravemente ó con palabras injuriosas ó con acciones insultantes, él no da muestras de ira ni de odio, y aquel exterior sereno y de calma es una prueba no equívoca de la tranquilidad de su ánimo.

» El verdadero filósofo procura hacerse útil al Estado en cualquier manera. Si por algun acto ruidoso ó por alguna obra importante merece bien de la patria, no hace valer sus servicios con la mira de ser recompensado; aguarda modestamente y con paciencia á que se le haga justicia, y si acontece que en la distribucion de los premios se olvidan de él, ni murmura, ni se queja. El voto de los hombres honrados, el honor de haber contribuido en algun modo á las ventajas de sus conciudadanos, es la satisfaccion de que goza su alma por haber hecho el bien por solo el bien; es para él la mas lisonjera de todas las recompensas. Y si su mérito le hace ganar la altura de los honores, no entra en su mente pensamiento alguno de orgullo; no pierde nada de su acostumbrada modestia, y es accesible á cuantos lo visitan para consultarlo ó instruirse como lo sería tambien si la fortuna adversa lo pusiese á la prueba de sus rigores. El cambio, en una palabra, ó en bien ó en mal, de la suerte, no altera lo mas mínimo sus costumbres ni su conducta; es siempre el mismo.

» Ocupado únicamente en llenar su papel en este mundo ó en sostenerlo del mejor modo posible; contento con el puesto que ocupa entre sus semejantes, no ambiciona ser lo que no es, no siente envidia de aquellos cuyo mérito, discrecion, ciencia y talentos son iguales ó superiores á los suyos en la opinion de los hombres; no desprecia á quien acaso se halla privado de tales dotes; vive en buena armonía con los unos y con los otros; conformase con todo y con todos, y los respeta igualmente como sus semejantes en el orden de la naturaleza. Este respeto y esta buena armonía hacen nacer la benevolencia: las suaves maneras decentemente agradables y afectuosas, son su fruto, y los elogios apoyados en la verdad, prodigados cortesmente, pero sin afectacion, y los servicios prestados en ocasiones oportunas, y sin que hayan sido solicitados, ponen el colmo á la perfeccion. De semejante conjunto sale consecutivamente aquella caridad universal que no hace distincion de personas y abraza todo el género humano; de cuya virtud, como de manantial vivo, se derivan todas las demas; por esto el verdadero filósofo procura adquirirla antes que todas, y con preferencia á todo; por ella se distingue del hombre vulgar; ella dirige toda su conducta y espárese, por decirlo así, la vida sobre cualquiera accion suya.

El autor del *Kia-in*, ó *Discurso familiar sobre la vida de Cung-seu*, que trae este coloquio, añade que desde entónces no volvió á admitir el rey al filósofo á su presencia sin darle pruebas de la mas solemne estimacion. Lo tuvo en su corte, se hizo su discípulo, lo trató con las distinciones que dispensaba á los embajadores, y no dejaba de consultarlo en todo, para recibir su instruccion. « Quiero, le decia, mirar en adelante como amigos míos á todos los sabios, y el interes que desplegaré en colmarlos de honores formará una de las principales atenciones de mi gobierno. — Está muy bien (respondia Cung-seu), pero un rey grande debe proponerse un blanco mejor aun; debe profesar un tierno amor á todos sus súbditos; emplearse en proporcionarles los medios de atender honradamente á las necesidades de la vida; hacer de modo que la pasen felices y contentos, y apetezcan vivir bajo su reinado. — El asunto no es tan fácil (contestó el rey). ¿Cuáles son los medios para lograrlo? — Es preciso empezar por disminuir los impuestos, ó dejar únicamente aquellos cuya importancia conozcan todos; no sobrecargar al pueblo de trabajo hacerlo instruir con exactitud acerca de sus deberes, y no olvidar nada á fin de que los cumpla. »

El rey no replicó, quizá porque cuanto habia oido dejó en su ánimo una impresion profunda, y apresuróse en seguida á distraerse, convidando al filósofo á un ligero almuerzo. Á la mesa, Cung-seu empezó por donde el rey y los otros comensales tenian costumbre de acabar;

y así comió primero los manjares de granos, reservando los melocotones para lo último. Los comensales del rey no pudieron contener la risa, pensando que esto consistía, ó en falta de práctica ó en distraccion; el rey por su parte no rió, habiendo supuesto que Cung-seu obraba así de intento y con la mira de darle una útil leccion. « Maestro (le dijo), mi gente se rie al veros comer las semillas ántes que la fruta, y se maravilla de que un hombre que ha frecuentado la corte y que conoce los usos, pueda trastornar el orden de tal modo. »

— Príncipe (respondió el filósofo), yo no trastorno el orden, ántes lo restablezco; lo que vos llamáis uso no es sino un abuso. He dado la preferencia á los granos sobre la fruta, porque siendo aquellos el principal alimento del hombre en sociedad, merecen semejante primacía en comparacion con todos los demas manjares; mereciéndola ademas por sí mismos, por carecer de las cualidades mas ó ménos nocivas de que rara vez están exentos los demas alimentos, de modo que es bueno cuanto los compone. Por eso en las oblaciones que siguen ó preceden á los sacrificios del emperador al Espíritu del cielo y de la tierra, no ménos que en aquellos en que rinde homenaje á sus ascendientes, ocupan los granos el primer lugar. Él ofrece granos, ó pasta cocida hecha con harina de grano, y no melocotones. El antiguo uso, que Yao y Chun no desdenaron, y al cual se adhirieron despues de ellos los mas ilustres emperadores, era el de comer los granos ántes de las frutas, y yo he creído deber conformarme con él delante de vuestra majestad para avivarle su recuerdo. »

Parece que hizo impresion en el rey de Lu la leccion del filósofo; porque, asegurándole que le gustaba mucho oír hablar de antigüedades, le preguntó al instante chanceándose de qué hechura era el gorro con que Chun se cubria cuando comparecia en público; lo cual dió ocasion á Cung-seu para suministrar al rey nuevas lecciones de antigüedad que no se esperaba de su pregunta. Por esto no le cansaron jamas los discursos del sabio, y un dia le dijo: « He determinado no emplear de hoy en adelante mas que filósofos en la administracion de los negocios de mi reino, y no tener á mi lado sino hombres que como vos cultiven la sabiduría. Espero que tendréis á bien indicarme por qué señales se les podrá conocer. »

— En el siglo en que estamos (respondió Cung-seu) y en los tiempos en que vivimos, los filósofos son los que se consagran al estudio de la antigüedad, que visten como los hombres de la antigüedad, y que en lo demas se conducen en términos que inspiran respeto.

— Si no se requieren mas que esas condiciones para ser filósofos, no es ciencia muy difícil de adquirir (replicó el rey): fácil es llevar vestidos, bonete y faja cuales se llevaban en otros tiempos.

— No habéis adivinado mi pensamiento (res-

pondió Cung-seu). Para distinguir á los filósofos de los que no lo son, es menester tener una idea, á lo ménos general, de las diversas clases que componen la sociedad. Pueden reducirse á cinco. La primera y mas numerosa abraza una multitud de hombres, de todos los estados, no distinguidos por cualidad alguna, los cuales no hablan sino por hablar, sin pararse en si dicen bien ó mal, si es su hablar oportuno, ó si puede resultar de él algun inconveniente; en una palabra, que apenas obran mas que por instinto, haciendo hoy lo que ayer, para volver á lo mismo mañana; que nada pueden por sí, mientras no sean dirigidos, y que se dejan guiar sin saber adónde serán conducidos; que hallándose fuera de posibilidad de discernir las ventajas sólidas y reales y los intereses de mayor importancia, ven fácilmente un pequeño provecho, un vil interes, en las cosas mas tenues, y tienen suficiente destreza para procurárselo; que están dotados de entendimiento como los otros, pero que no alcanza mas allá de los ojos, de las orejas ó de la boca; en una palabra, aquellos que comunmente se denominan vulgo.

» La segunda se extiende á cuantos están instruidos en las ciencias, en las letras y en las artes liberales; que se proponen un fin en esto, y conocen los medios de alcanzarlo; que sin haber penetrado en la médula de las cosas, saben sin embargo lo suficiente para discurrir sobre ellas é instruir á otros; que, ya hablen, ya obren, se hallan en estado de dar razon de cuanto dicen ó hacen; que pueden confrontar los objetos entre sí, y discernir en qué términos resultan nocivos ó provechosos; que sin hallarse al cabo de todas las leyes, están instruidos de ellas cuanto basta para obedecer las generales, y conformarse con los usos recibidos; que sabiendo ya mucho, no ignoran que les queda todavía mucho por saber; que con sus lecciones y ejemplos pueden influir sobre las costumbres públicas y aun sobre el gobierno; que procuran hablar bien, ántes que hablar mucho, hacer bien lo poco que hagan, ántes que emprender mucho; que sin codiciar las riquezas ni temer la pobreza, viven contentos con la fortuna de que disfrutan. Esta clase puede llamarse de los literatos.

» La tercera se refiere á aquellos que en sus palabras, en sus acciones y en el conjunto de su conducta no se apartan jamas de lo prescrito por la sana razon; hacen el bien por él solo, no incurren en ningun exceso, no se apasionan por nada, no se apegan á nada; son constantemente los mismos, así en las vicisitudes prósperas como en las adversas; hablan hasta donde convieng que hablen, callan si conviene, siendo bastante firmes para no disfrazar nunca sus sentimientos en las ocasiones en que es conveniente expresarlos, aun á riesgo de perder su fortuna, y aun mas; que miran á todos los hombres poco mas ó ménos con iguales ojos, como si todos abrigasen el germen de idénticos

vicios y de idénticas virtudes; no anteponiéndose á ninguno, porque no hay ninguno que no pueda igualarles ó sobrepujarles aun en la parte buena, y porque pueden estos mismos llegar á hacerse semejantes á los mas viciosos; que no se limitan á adquirir las ciencias por los medios ordinarios con que se enseñan, sino que recurren hasta su origen para encontrarlas sin mezcla de cosa extraña, no desalentándose cuando no pueden conseguirlas, ni enorgullecíendose si las poseen. Estos pueden condecorarse con el nombre de filósofos.

» Coloco en la cuarta clase á aquellos que en ninguna circunstancia se desvian de la verdadera senda del medio; que tienen una regla fija de conducta y de costumbres, mas allá de la cual no se permiten nada; que llenan con suma exactitud y constancia invariable hasta sus mas pequeñas obligaciones, usando toda clase de esfuerzos para no contradecirse jamas, conteniendo sus pasiones en justos límites, y combatiéndolas cuando tratan de evadirlos; que velan siempre sobre sí propios, para impedir á los vicios que broten y se desarrollen; que no dicen una palabra que no sea medida y que no pueda servir de instruccion; que no ejecutan accion alguna no buena en sí misma y que no pueda proponerse por ejemplo; que no temen fatiga ni penalidad, cuando se trata de reducir á los límites del deber á quien se ha extraviado de ellos, de instruir en sus obligaciones á los ignorantes, y de prestar á todos los servicios que de ellos dependen, sin distincion de pobres ó ricos, de hombres de autoridad ó de simples artesanos, no teniendo mira alguna de interes, y sin exigir siquiera el sentimiento de una estéril gratitud de parte de aquellos á quienes hubieren hecho beneficios. Esta clase abraza los hombres sincera y solidamente virtuosos.

» La quinta es la mas elevada á que un hombre puede llegar, y es la de aquellos hombres extraordinarios que reúnen en su persona las mas hermosas cualidades del espíritu y del corazon, perfeccionadas por el feliz hábito de cumplir voluntariamente y aun con júbilo todos los deberes que la naturaleza y la moral de consuno imponen á seres racionales que viven en sociedad; que hacen bien á todo el mundo, y que, como el cielo y la tierra, no interrumpen jamas sus benéficas operaciones; que son imperturbables en su género de vida, como el sol y la luna en su curso; que ven sin ser vistos, y obran de una manera invisible, á semejanza de los espíritus. Esta clase escásima puede llamarse de los perfectos y de los santos (ching).

» Si fuese fácil hallar tales hombres, no os serian menester otros para ponerlos al frente del gobierno y á vuestro lado; pero siendo raros, podéis buscar en las otras clases los que creyéreis mas á propósito para secundar vuestro deseo. Haced cuanto esté en vuestro arbitrio para escoger bien. No se puede conocer la fuerza

y la aptitud de un arco si no se le ha probado. Guardaos bien, sobre todo, de admitir á vuestra intermediacion y fiar el manejo de los negocios á aquellos que obran tumultuariamente, que no tienen ningun sistema fijo, y que son inclinados á hablar mucho. Estas tres clases de hombres, aunque estén enriquecidos con los mas preciosos talentos, no son convenientes para el gobierno, y un soberano no puede, sin correr los mas graves riesgos, admitirlos á su lado.»

Seu-cung, discípulo de Cung-seu, elegido gobernador de una ciudad, vino á visitar á su maestro ántes de recibir la investidura. Era del número de aquellos sabios que no miran la política sino como la ciencia de contribuir á la felicidad de los hombres; poseía ademas todas las facultades requeridas para el ejercicio de los cargos públicos. Cuando distinguió desde lejos la casa de Cung-seu, desmontó, y se hizo anunciar como si se tratase de presentarse al rey. Queriendo Cung-seu devolverle honor por honor, se hizo acompañar de dos discípulos, y salió á recibirle fuera de la primera puerta. «No es ya á mi discípulo á quien recibo (le dijo aproximándose), sino al primer magistrado de una gran ciudad;» é introdujo al nuevo mandarin en una sala en que acostumbraba acoger á los extranjeros y á las personas elevadas á quienes la curiosidad ó el deseo de instruirse conducía á buscarle. Confundido por tan insólito ceremonial el discípulo, dijo á su maestro: «Vengo á pedirnos algunas luces acerca del modo de regularme en el ejercicio de mi empleo, y me atenderé exactamente á cuanto me prescribáis.

— Yo no tengo nada nuevo que enseñaros (le respondió Cung-seu); pero por complaceros, os recordaré en pocas palabras las obligaciones de vuestra magistratura.

» Sed diligente en tratar los negocios; informaos exactamente de cuanto pueda contribuir á hacéroslos conocer y á distinguir la verdad de lo que tuviere tan solo su apariencia, y á facilitaros los medios de terminarlos plenamente.

» Sed justo, desinteresado, siempre igual á vos mismo. La justicia no admite distincion de personas, sino que da á cada uno lo que le es debido. El desinterés conduce á la equidad; cuando uno es interesado, pronto deja de ser justo. Cuanto se recibe de los inferiores, bajo cualquier título, es un verdadero hurto hecho á los mismos. La igualdad de humor en un hombre de jurisdiccion le concilia la confianza, lo hace amar de los buenos, temer de los malos, y respetar de todo el mundo.

» Presentaos condescendiente, no mostréis semblante severo á nadie, y recibid con bondad, sin diferencia alguna, á todos los que se dirijan á vos. Debéis consideraros el padre comun.

» Es menester tratar negocios con la posible diligencia, y tener los ojos bien abiertos, para no terminarlos desgraciadamente. No pro-

nunciéis sentencia sino despues de que sea conocida por entero la verdad.

» En cada una de las cuatro estaciones del año, reunid al pueblo á lo ménos una vez, para explicarle vos mismo sus deberes (1). Haced de modo que no carezca de instruccion en ningun tiempo; porque, si ignora lo que debe hacer, ¿cómo podria ser culpado por no hacerlo?

» No lo ocupéis nunca en trabajos serviles, cuando las labores del campo y las que son de necesidad para sí propio deban entretenarlo.»

Estas instrucciones admirables del filósofo de Lu debian formar, y formaban de hecho, excelentes magistrados entre los jóvenes que en gran número acudian á él para amaestrarse. Á mas de doce discípulos que no lo abandonaban casi nunca, tenia muchos otros (varios escritores hacen subir su número hasta tres mil), que concurrían á oirlo todos los dias por cierto período, y que se hospedaban en la ciudad, viniendo, no solo de las provincias del reino de Lu, sino tambien de todas las demas de la China.

Referirémos algunos otros discursos de Cung-seu al rey de Lu, sobre la naturaleza del hombre, sobre la edad viril, y sobre el estado del matrimonio en sociedad: cuestiones que darán á conocer mejor las costumbres chinas, ya que son hoy las mismas que en tiempo de Cung-seu.

«Os aguardaba con impaciencia de mucho tiempo acá (dijo un dia el rey de Lu al filósofo). Tengo que pedirnos explicaciones acerca de la naturaleza del hombre. El hombre, segun dicen nuestros sabios, se distingue de todos los demas seres visibles por la facultad intelectual, que lo hace capaz de raciocinar; y recibe inmediatamente del Cielo esta facultad preciosa. ¿Por qué no recibimos de nuestros padres por entero el ser, del mismo modo que las otras criaturas que se reproducen por via de generacion? Os pido me expliquéis esta parte de nuestra antigua doctrina, sobre la cual siempre he tenido, á mi pesar, cierta especie de duda.

— No es tan fácil (respondió Cung-seu) explicaros claramente una cosa sobre la cual no tenemos sino luces bastante débiles. Sin embargo, por obedeceros, os haré en pocas palabras el resumen de cuanto sé acerca de ella, y vuestra perspicacia os hará descubrir el resto.

» Una parte de la sustancia del padre y de la madre, depuesta en el órgano destinado, es la causa de nuestra existencia y el fundamento por el cual subsistimos. Este fundamento quedaria en estado de inercia y de muerte, sin el concurso de dos principios contrarios, denominados el *yang* y el *yin* (2).

(1) Esta costumbre de reunir el pueblo para explicarle sus deberes, se halla todavia en vigor; pero los magistrados solo cumplen con semejante saludable obligacion una vez al mes.

(2) Estos dos primeros principios reaparecen en todas las teorías cósmicas; mostrándose en el orden de los seres vivos, el principio masculino y el principio femenino; en

» Estos dos agentes universales de la naturaleza, que están, en todo y por todo, obrando recíprocamente sobre él, lo desarrollan insensiblemente, lo extienden, lo combinan, y le hacen tomar una forma. Entónces es aquel un ser viviente; pero no se halla todavia elevado á la dignidad de hombre, ni llega á ser tal, sino mediante la reunion de la sustancia intelectual, con que el Cielo lo enriquece, para hacerlo capaz de comprender, comparar y juzgar. Miétras este ente, animado y provisto de inteligencia, puede suministrar motivo á la combinacion de los dos principios para el desarrollo, la extension, el crecimiento y la perfeccion de su forma, goza de la vida; y cesa de vivir apenas cesan de combinarse los dos principios; él no habia alcanzado la plenitud de la vida sino por grados y por via de expansion; del mismo modo no llega sino por grados y por via de decaimiento al término de la destruccion.

» Esta, sin embargo, no es una destruccion propiamente dicha; es una descomposicion que restituye cada sustancia á su estado natural. La sustancia intelectual vuelve á subir al cielo, de donde habia venido; el soplo animador Ki se reúne al flúido aéreo, y las sustancias terrestres y húmedas se convierten nuevamente en tierra y agua. El hombre, dicen nuestros antiguos sabios, es un ser aparte, en el cual se reúnen las cualidades de todos los otros seres. Está dotado de inteligencia, de perfectibilidad, de libre albedrío, de sociabilidad; es capaz de discernir, comparar, obrar por un fin, y de escoger los medios necesarios para llegar á este fin. Puede perfeccionarse ó depravarse, segun el uso bueno ó malo que haga de su libertad: conoce las virtudes y los vicios, y siente que tiene deberes que cumplir para con el Cielo, para consigo mismo y con sus semejantes. Si llena estos diversos deberes, es virtuoso y digno de recompensa, y culpado y merecedor de penas, si los descuida. Este es un brevisimo compendio de lo que podria decir sobre la naturaleza del hombre.»

El rey de Lu, satisfecho de la dilucidacion, preguntó al filósofo si habia ceremonias y usos contrarios al comun provecho, como las ceremonias instituidas para los sacrificios con las que un particular no puede cumplir, y ciertos otros usos, cuya exacta práctica por parte del mayor número sería perjudicial á la sociedad, como, por ejemplo, aquel que determina que un mozo no pueda casarse ántes de los treinta años, ni una doncella ántes de los veinte.

«Es cierto (respondió Cung-seu) que las ceremonias instituidas para los grandes sacrificios están vedadas á los particulares. Los primeros legisladores establecieron que estos sacrificios fuesen ofrecidos al Cielo por solo el soberano con

el orden de los elementos, el principio luminoso y el principio oscuro; en el orden de las sustancias de la naturaleza, el principio fuerte y el principio débil; en una palabra, ó la dualidad ó el antagonismo, necesarios para todo lo que se halla fuera de la gran unidad primordial.